

la ionización, los componentes no son idénticos al cuerpo respectivo en estado ordinario: cuando se ioniza el cloruro de sodio, el ión sodio ó sodión no puede ser exactamente lo mismo que el metal sodio, pues ha perdido un electrón que lo integraba.

Conocemos, pues, é indudablemente, no sólo el hecho de la trasmutación, sino gradaciones del fenómeno.

Más recientemente aun, (la nota correspondiente fué presentada á la Academia de París, en febrero último), Debierne y Mme. Curie han hecho nuevas investigaciones, llegando á registrar experimentalmente la producción de helio por el polonio, fenómeno previsto, pero no comprobado hasta ahora en el orden de los hechos; y en la misma serie de experimentos han encontrado motivo para sospechar que, además, á expensas del polonio, (elemento sumamente inestable), se había formado plomo.

EMILIO H. DEL VILLAR

(Tomado de *Por Esos Mundos*, de abril).

*
* * *

Sophia

ESTA valiosa Revista, que lleva dieciocho años de existencia, se esfuerza en sostener á todo trance el prestigio legítimo que obtuvo desde el momento en que comenzó á difundir por el mundo la Luz de la Teosofía. Dirigida por manos expertas, ha sostenido el más completo y atinado método en la elección de su material, de acuerdo con el bien decir, si siempre grato é indispensable para el interés y claridad de las ideas, nunca con más fundada causa que cuando se trata de estudios llamados á ofrecer tan hermosos y dilatados horizontes de progreso.

Su último número que consta de ochenta y una páginas, bien nutridas de importantísima y variada lectura, y de curiosas ilustraciones, revela la tendencia á mantenerse en primera línea entre las publicaciones de su clase.

Copiamos del mismo un artículo de nuestro querido amigo don Manuel Treviño, Director de dicha Revista, por relacionarse con nuestro eminente colaborador el Dr. Roso de Luna, cuyo éxito en su viaje de propaganda por Sur América ha sido celebrado con el más vivo entusiasmo entre nosotros. Dice así:

Regreso del doctor Roso de Luna de su excursión por la América Latina

«Ha regresado á Madrid nuestro querido amigo y hermano Mario Roso de Luna, después de un viaje de propaganda teosófica por Chile, la Argentina, el Uruguay y el Brazil, don-

de ha sido fraternalmente recibido y agasajado, y donde ha dado más de 60 Conferencias, de ellas unas 25 públicas y las restantes en las diversas Logias de dichos países, por las cuales fuera galantemente invitado.

El ser Roso de Luna, nuestro particular amigo y compañero en la labor teosófica, nos veda todo elogio en favor de una campaña tan brillante para nuestras enseñanzas; pero como consideramos un deber el dar cuenta de ella á nuestros lectores, lo haremos aunque sea de una manera muy breve.

Quisiéramos dejar consignados los títulos de todas aquellas Conferencias interesantísimas en que nuestro amigo desarrolló los principios teosóficos; pero el espacio de que disponemos nos lo impide, y, además, la circunstancia de que el conferenciante tiene en prensa un tomo donde aparecerán todas ellas, nos releva de ello, prometiendo á nuestros lectores que en plazo breve podrán complacerse con su detenida lectura.

Las poblaciones visitadas por Roso de Luna, han sido: Buenos Aires (dos veces), la Plata, Rosario, Santa Fe, Mendoza (dos veces), Puente de Inca, Valparaíso, Viña del Mar, Montevideo y Río de Janeiro. En todas ellas ha sido recibido con inequívocas muestras de fraternal entusiasmo, prueba evidente del gran desarrollo de nuestras queridas enseñanzas en los citados países, habiendo merecido el honor de ser nombrado Presidente honorario de la Logia «Vi-Dharmah», de Buenos Aires, y miembro honorario de la Logia «Lob Noor», de Valparaíso. No es menor el entusiasmo que Roso de Luna guarda en su pecho, que rebosa gratitud hacia hermanos nuestros tan abnegados como inteligentes, y desde estas columnas les expresa su reconocimiento.

Como dice A. Besant, para quien sigue de cerca el movimiento contemporáneo nada tiene de extraño todo esto. Una nueva y fecundísima ola de espiritualidad llega ahora á nuestra época. Además, América, pueblo joven, de gran porvenir y libre de muchas rutinas, es un continente apto para la nueva semilla que todos nos esforzamos en sembrar en nombre de los Maestros venerandos y de H. P. B., á quien tanto debemos. Baste decir, respecto del movimiento teosófico en dichos países, que toda la enseñanza pública en Montevideo es casi teosofista;

que en el Brasil—la segunda India en intelectualidad, espiritualidad y bellezas naturales—distinguidos militares, profesores y hombres cultísimos secundan el movimiento; que Chile cuenta ya con unas 14 Logias, esperándose la constitución de no pocas más entre todas las clases sociales, gracias al celo y entusiasmo de teosofistas como el Dr. E. B. Morisot y otros que en estos momentos sentimos no recordar. En cuanto á la Argentina, una buena parte del profesorado—con el Director del Observatorio de La Plata, el sabio Porro de Somenzi, á la cabeza—, de la literatura, de la policía, de la prensa, etc., entre los que recordamos en estos momentos á D. Alejandro Sorondo, D. Federico W. Fernández, D. E. de Mársico, D. Julián Moreno, D. M. A. Buela y otros muchos, se honran con el hermoso título de obreros del redentor movimiento, y ha habido diarios, como *La Argentina*, que han dedicado hasta cinco columnas para dar cuenta de las Conferencias y demás actos realizados con motivo de la estancia de nuestro amigo.

Juzguen, en fin, nuestros lectores del efecto que allí producen nuestras ideas por las siguientes frases que copiamos de *El Diario Español*, bajo el título de *Diario de un espectador*:

«La primera Conferencia de este hombre sobre esa cosa hermética y ardua que llamamos Teosofía, ha sido muy interesante; de ella he sacado la impresión de que la Teosofía puede ser para el hombre una fuente inextinguible de consuelo. Por lo visto, esta Ciencia está formada con los preceptos de una religión y de otra, con aquellos que constituyen la base de todas... Tiene tres grandes leyes fundamentales que parecen los cantos de un inmenso poema: la ley de la unidad, la ley de la causalidad y la ley de los renacimientos. El asunto de este poema es la vida. La Teosofía no se contenta con ser tan sólo una cosa mística. Hermana de las religiones, es también hermana de la Ciencia, y en su noble afán de unirlo todo, en su afán santo de armonía, pone un poco de ciencia en la religión y en la superstición, y pone en la Ciencia un poco de misticismo, de poesía y de ensueño... Hace más aún, demostrando que la justicia y el amor son para el mundo como esas estrellas de la leyenda amable que señalan siempre el camino... Y todavía hace más al encarar la muerte como un incidente periódico»

»dico en una existencia sin fin... Este ha sido para mí el momento más interesante de la Conferencia. Si la Teosofía fuese »verdad, el hombre convertiríase en el creador de su alma. Nosotros mismos podríamos prepararnos el propio destino, y la »nobleza y la justicia de nuestras acciones entregarían á nuestros hijos una herencia de felicidad.»—Firmado: *El Hidalgo de Tor.*

¡Animo y adelante! Los ideales de la Humanidad, tan por encima de los á veces mezquinos de las razas y de los pueblos, son el camino más seguro para el supremo ideal teosófico de la Fraternidad Universal.

M. TREVIÑO Y VILLA»

*
* * *

DE VÍCTOR HUGO

Prefacio inédito

DICE la revista *La Paix Universelle*, de 15 de octubre del año próximo pasado:

Los *Anales Políticos y Literarios* publican un prefacio que Víctor Hugo destinaba á su primera edición de los «Miserables» y que circunstancias ajenas á su voluntad no le permitieron poner al frente de su obra. El ejecutor testamentario del poeta entregó á los *Anales* esas páginas, en las que figuran los pasajes que siguen:

«La superstición es una enfermedad lúgubre. ¿La curaríais por la supresión del hecho religioso? Ensayad: sea...

Reina ya la sola realidad palpable; el misterio es arrojado; no hay en la sociedad nada cuyo principio y fin no se vea. ¿Estáis ya liberados? ¿Se acabó todo? No. Mirad esa madre. Acaba de perder á su hijo. ¿Qué hace la desdichada? Cae de rodillas. ¿Ante vos? ¿Ante mí? No. ¿Ante quién, pues? Ante lo desconocido.

Está orando.

El misterio ha vuelto á asiros.

O mejor dicho: no os ha soltado nunca...

¡Plantadme, pues, vuestra filosofía social de manera que oculte el sol! Vuestros progresos económicos son una de las gloriosas preocupaciones del siglo XIX. Yo, que hablo, también he consagrado á profundizarlos, sino á resolverlos, todas mis fuerzas de átomo; sé poco de cuestiones más graves y más altas; supongámolas resueltas; hé ahí creado el bienestar material; progreso magnífico. ¿Es eso todo? Le dáis pan al cuerpo; pero el alma se alza y os dice:

—¡Yo también tengo hambre!

¿Qué es lo que le dáis?

Estar bien vestido, bien alimentado y bien alojado: vivir barato y bien; pagar el salmón á céntimo la libra, gracias al envenenamiento de los ríos; morder un pan blanco; tener buen fuego para calentarse y buena cama para descansar; deber todo esto dignamente á su trabajo; hacer radiar su bienestar en torno de sí; crecer en la libertad y en la salud; ver sonreír á su esposa graciosamente ataviada; ver crecer sa-

nos á los hijos; no carecer nunca de nada; prosperar en lo que se hace y por lo que se hace; beber bien; comer bien; dormir bien, es mucho, ciertamente; mas si esto es todo, no es nada.

Vamos más lejos.

Realizad sobre esta tierra todos los Edenes, todos los Elíseos, todas las Atlántidas, todos los triunfos de la materia, todas las glorificaciones del goce...

A tí ¿qué te falta? ¿Cuatro comidas por día? Ahí están. ¿Y á tí? ¿Todo el champaña que eres capaz de beberte? Alarga tu vaso y bebe. Palacios de mármol, salones dorados, parques llenos de pavos reales y de cisnes, sinfonías, fiestas, regocijos, ¿quién los quiere? ¿Qué sirvientes deseáis? ¿Todas las fortunas de la naturaleza? ¡Aquí! Venid, fuerzas. Obedeced al hombre. El vapor arrastra sus naves; el viento impele sus aerostatos; el relámpago lleva sus cartas. Bien está; y la ciencia también está allí para darle una higiene poderosa; restaurar su estómago; reafirmar su columna vertebral y alargarle la vida siempre, tanto que, como lo pide la naturaleza, la juventud dura setenta años y un hombre es un siglo. ¡Magnífico! Bebamos y comamos. Voluptuosidad, placer, éxtasis, embriaguez, felicidad, salud. Concordia además. Paz en la tierra y fraternidad universal.

Restricciones, sólo una: mi yo morirá. La tumba es una puerta. El ataúd de lo eterno es un cero. Yo no volveré á ver á esos hijos que son mis entrañas; no volveré á ver á esta mujer que es mi luz.... ¡Dejadme! Vuestro edén me asusta. Me estremezco.

He vendido mi alma á mi carne. No. No quiero ese comercio.

Sólo el alma puede satisfacer al corazón.

¡Ah! Vosotros me ofrecéis carne y aniquilamiento. No tenéis nada para esta llama que hay en mí, que me calienta, me alumbra y me abrasa, y que piensa, espera y ama. Pues bien, ¡dejadme en paz!

Me causáis horror con vuestro vientre satisfecho.

Prefiero un pan negro y un cielo azul.

¡Ah! ¡Tengamos cuidado! Hay tumbas: hay fosas donde la hierba crece sobre los que amamos: hay viejos que mueren y no se sabe á dónde van; hay niños que nacen y no se sabe de dónde vienen; hay olas en el mar; hay soplos entre los árboles. Tengamos cuidado, que esa flor se torna fruto: esa mariposa vuela con millones de plumas en las alas: este carbón y este diamante son una misma cosa; este planeta gira; esta mujer llora; os digo que existe lo desconocido. ¿Y sabéis cuál es el otro mundo, el desconocido? Helo aquí: el necesario...

No comprender no es más razón para negar que para creer.

El conocimiento de Dios no es dado á nadie; la noción de Dios es dada á todos.

Cada uno tiene la gota de agua; nadie el Océano.

Poned á un ciego ante el sol; no lo verá, pero lo sentirá.

—¡Toma!—dirá;—tengo calor.

Así es como nosotros sentimos, sin verlo, al Sér absoluto. Hay un calor de Dios.

VÍCTOR HUGO

Asuntos diversos

Todo ese universo que gira en el cielo—dice el estoico Cleanto dirigiéndose á Zeus—por sí mismo va donde tú lo diriges. Tu mano, que tiene el rayo, somete las cosas todas, lo mismo las más grandes que las más pequeñas, á la razón universal. Nada en parte alguna se realiza sin tí; nada, á excepción de lo que hacen los malvados en su locura. Pero tú sabes hacer de un número impar un número par; tú conviertes en armoniosas las cosas discordantes, y bajo tu mirada el odio se convierte en amistad. ¡Oh Dios, que desde las nubes mandas el trueno, aparta de su funesta ignorancia á los hombres! Disipa ¡oh padre! las nubes que obscurecen su alma y hazles participes de la inteligencia con que gobiernas todas las cosas con justicia, á fin de que te devolvamos honor por honor, celebrando tus obras sin cesar como conviene á los mortales, ya que, lo mismo para los mortales, que para los dioses, no hay prerrogativa más alta que la de celebrar eternamente con palabras dignas la ley universal.»

Del libro reciente de Emilio Boutroux, «Ciencia y Religión.»

*
**

«París 7 de marzo.—Estaba el día encapotado y frío, y, sintiéndome melancólico, paseaba falto de ocupación. Pasé junto á unas flores colocadas á la altura de mi pecho: eran unos junquillos y me produjeron una violenta impresión de deseo: eran las primeras flores del año. Sentí de pronto toda la felicidad reservada al hombre. La armonía de las almas que no tienen expresión posible, el fantasma del mundo ideal surgió en mí con toda su plenitud. Jamás había sentido nada tan grande y tan súbito. No se qué formas, qué analogías, qué secretas afinidades hicieronme ver en aquellas flores una belleza sin límites... Jamás podré expresar en concepción alguna esta inmensidad, este poder que no tiene expresión humana; esta forma que jamás se contendrá en ninguna parte; este ideal de un mundo mejor, que se siente, pero que parece no haber sido creado por la naturaleza.» (1)

(1) De Sénancour. - Oberman. Lettre XXX.

* * *

«En toda forma natural, roca, fruto ó flor, aún en la misma piedra abandonada en el camino público, existe una vida moral. Yo la veía sentir ó la asociaba á algún sentimiento: la gran masa yace sepultada en alguna alma que la estimula, y todo lo que yo miraba, tenía para mis ojos un significado interior.» (1)

* * *

Pero, el héroe de *La Guerra y la Paz*, es reputado el hombre más rico del imperio ruso, y durante la invasión francesa cae prisionero y es conducido muy lejos por el enemigo en su desastrosa retirada. Asáltanle todas las formas de miseria: el frío, el hambre, la sed, los gusanos, y de todo ello resulta en su mente una revelación de la escala real de los valores de la vida... De todo aquello que le pasaba, del género de vida á que forzosamente se hallaba sometido, dedujo que el hombre había sido creado para la felicidad, que esta felicidad está en él mismo, en la satisfacción de las exigencias cotidianas de la existencia; y que la desgracia es el fatal resultado, no de la necesidad, sino de la abundancia. Acábase de revelar en él una nueva y consoladora verdad: la de que en este mundo nada hay irredimible, y que, del mismo modo que el hombre jamás es del todo feliz é independiente, tampoco es nunca del todo infeliz y esclavo. Comprendió que el padecimiento tiene sus límites, lo mismo que la libertad, y que dichos límites se tocan: que el hombre acostado en lecho de hojas de rosa, de las cuales está doblada una sola, sufre tanto como el que adormeciéndose sobre el suelo húmedo se siente transido de frío: que él mismo había sufrido tanto con los zapatos de baile demasiado ajustados, como entonces con los pies desnudos y doloridos.

Pedro, con la mirada sumergida en el firmamento, donde centelleaban en aquel instante miriadas de estrellas, pensó: «Todo esto es mío: todo esto es en mí y es yo! Y se figuran haber hecho prisionero esto! Y esto es lo que se figuran haber encerrado en una barraca! «Sonríe y volvió á acostarse entre sus compañeros.» (2)

* * *

El eminente escritor A. F. Gerling ha enriquecido el caudal de sus producciones teosóficas con el libro «Ojeadas en el Santuario»,

(1) Wordsworth.—The Prelude.—Bk. III.

(2) L. Tolstoi. *La Guerra et la paix*, vol. III, páginas 268, 276 316.—Paris, 1884.

obra de extraordinaria erudición que recomendamos á nuestros lectores, la cual se ha editado en la imprenta de Juan Torrents y Coral, Paseo del Triunfo, 4 (San Martín) Barcelona.

* * *

De la muy importante Revista Teosófica «La Verdad».

HACIA EL IDEAL

Si sentís, como decís un amor eterno, buscad el Elixir de Vida. Un amor tal no puede expresarse en cuerpos perecederos.

R. L.

El ideal este será el único que mueva á los hombres en la tierra.

Desde el día en que los seres fueron emanados del Divino Seno, la lucha se estableció para alcanzar la redención. La lucha ardiente en las tinieblas, el pesado tanteo de la vida limitada en las primeras formas, el *deseo* abriéndose paso para percibir sensación, la durmiente conciencia buscándose así misma...

Más tarde, el dichoso despertar de la conciencia individual, «creando el Maya»¹ terrible de la separatividad, el entronizamiento de las pasiones, la lucha, el «tu» y el «yo». Pero ¿dónde está la felicidad perdida que yace latente en el corazón de cada hombre?

Los deseos se limitan á la posesión de las cosas naturales, éstas son alcanzadas, mas el ansia perdura. Se dirigen á las conquistas intelectuales. para intensificar la vida individual, mas el ansia perdura... Son al fin rechazadas las cosas mundanas, y la calma y felicidad son buscadas en la soledad y apartamiento de los hombres mismos, mas el ansia perdura!...

¿Dónde está la felicidad, hacia dónde dirigir aquel poder de vida que embarga todo el ser?

¿Qué es lo que ama en nosotros? ¿Qué es lo que ansía la realización del Ideal? No es el cuerpo, no es la mente, es algo más hondo, es algo más real que todo esto, es algo que encierra la promesa de la Eternidad, es aquello que emanó en el Principio y que sigue buscándose á sí mismo en los demás.

¿Cómo hallarlo? El mundo nos da el cuerpo, la sensación, la mente inferior, pero en la eterna semilla que integra nuestro ser, despiertan á la actividad nuevos poderes, que trascienden á todo lo que el mundo material encierra, y en las regiones internas, palpita una nueva vida, capaz de levantar á los más altos cielos la propia Humanidad. Es el Yo real del hombre que pronuncia las primeras frases del lenguaje eterno. Es el Yo real, que entrevé la belleza y perfección de aquel Ideal que es El mismo.

Y la energía avasalladora del hombre interno, lucha y se abre

¹ Ilusión creada por los sentidos.

paso á través de las ilusiones de los sentidos, hasta que al fin llega el glorioso momento en que el ideal es alcanzado, y en aquella mística unión del Espíritu con el Espíritu, en aquella Redención, el ser se unifica con el Universo entero, y goza la Presencia de Dios...

ARTEMISA GRIEGA

Barcelona, 24 de marzo de 1910.

*
**

SOCIETA ALCHEMICA ITALIANA

Las últimas investigaciones y los últimos descubrimientos de los sabios, prueban cada día más que las teorías materialistas—y las doctrinas oficiales—son insuficientes y á menudo arbitrarias y erróneas, siendo los mismos dogmas científicos de ayer destruídos por el mismo método «positivo».

Quien no se queda contento con el industrialismo, y quiere observar con atención los fenómenos de la Naturaleza, se apercibe que la Alquimia milenaria no es un ensueño de locos, sino que se aplica al progreso ilimitado de la Humanidad y de la redención de las supersticiones.

No existen *cuerpos simples*, como no existen la *Casualidad*, ni lo *Sobrenatural. Físico y Metafísico, Tierra y Cielo, Causa y Efecto no son separados: se armonizan. La Materia es Única: vive, evoluciona, se transforma. Uno es el Cosmos; Una la Vida.*

Tales son los principios de la S. A. I., alianza libre de estudiantes, que buscan la realización de la Gran Obra: la difusión, el enriquecimiento de la Ciencia y la evolución moral progresista del Individuo.

Para actuar su misión particular, la S. A. I. quiere recoger las Obras de Alquimia, especialmente italianas, éditas é inéditas ú olvidadas; interpretarlas y explicarlas según los métodos positivos del análisis moderno y los analógicos de la tradición hermética.

Toda persona que se ocupe de ciencias esotéricas en general, y particularmente de la Alquimia, puede mandar su adhesión, que es gratuita, al Secretario de la S. A. I.

Pericle Maruzzi, periodista, Ferrara (Italia).

No se pide ninguna cuota.

*
**

UNA PREGUNTA A LA RESPUESTA

En el *Editorial* de un *Theosophist* anterior, Mme. Besant reproduce textualmente la respuesta dada por C. W. Leadbeater á una pregunta osada que le fué dirigida. Damos la pregunta y la respuesta.

¿Cómo, en el curso de la meditación, podemos representarnos el Logos?

Creo que no podemos de ninguna manera hacernos una imagen del Logos.

El sol, es su principal manifestación en el plano físico y eso puede ayudarnos un poco á darnos cuenta de sus cualidades y á comprender cómo todo procede de él. Personalmente he preferido siempre no tratar de representarme el Logos, sino sencillamente de considerarlo como penetrando *todas las cosas*, de tal manera, que yo mismo soy él, que todos los hombres son él y que no hay en verdad nada que no sea él (en el mundo). Pienso al mismo tiempo que aunque todo lo que vemos sea una manifestación del Logos, el sistema solar que parece tan maravilloso no es sino muy poca cosa para él, porque aunque él sea todo eso, existe sin embargo, fuera y por encima de todo eso, en una gloria y un esplendor del que nosotros no comprendemos todavía nada. Así es que aunque pensemos como los panteístas que todo es Dios, vamos todavía mucho más allá porque nos damos cuenta de que Dios tiene una existencia mucho más grande, por arriba y más allá de su universo.

Firmado: C. W. Leadbeater.

Mme. Besant acompaña esta cita con la observación siguiente: «Esta contestación es admirable; sería imposible describir más luminosamente y con más respeto la gran verdad del Logos y su universo. Es un desenvolvimiento de las palabras poderosas de el Bhagavad Gita. «Dios llenó todo este universo con un fragmento de sí mismo y queda en él para siempre». VIII, 42.

*
*
*

LA FIESTA DEL LOTO BLANCO

El 8 de Mayo último dió nuestro director el señor F. W. Fernández, una conferencia en el local de las Logias teosóficas, calle Victoria, sobre el simbolismo del Loto Blanco y sobre el nacimiento y la vida de Helena P. Blavatsky: habiendo sido los iniciadores de la conmemoración de ese gran símbolo y de nuestro inolvidable Instructor, los señores Edmon Taillefer y Sebastián Ballerini, Presidentes respectivamente de las Logias «Vi-Dharmah» y «Arjuna», quienes invitaron á nuestro Director á tomar la palabra en ese día.

La sala estaba llena de las principales personalidades del mundo teosófico bonaerense; el conferenciante fué escuchado con gran atención y los aplausos del auditorio cubrieron sus últimas palabras.

Es de desear que estas conferencias se repitan y que los viejos teosofistas que tienen acumulado mayor caudal de conocimientos, den conferencias populares todos los domingos, pues así se hace la verdadera propaganda de la Verdad.

* *

EL TITULADO «CENTRO DE PUBLICACIONES YOGIS»

Este titulado Centro trata de vender hoy sus libritos bajo etiqueta teosófica. Al efecto ha cambiado su nombre por el de «Centro de Publicaciones Teosóficas», y al amparo de este noble título, quiere hacer pasar sus nocivas publicaciones condenadas por los ocultistas honrados. Como esos libros los ofrece por circular el señor Kier, hemos suprimido el aviso de éste en la 4ª página de la carátula de *La Verdad*.

Nos ocuparemos de este asunto en nuestro próximo número.

* *

UN CURSO DE TEOSOFIA ELEMENTAL, POR ANNIE BESANT

Se ha publicado en Adyar (India) el programa de un curso de Teosofía elemental, que ha dictado la señora Besant durante los meses de febrero y marzo, en el Cuartel General de la Sociedad Teosófica. Ese curso contiene en una breve exposición, y en forma popular, las líneas principales de la doctrina teosófica.

Febrero 6.—Introducción: las bases de la Teosofía.

Febrero 13.—La escala de las vidas.

Febrero 20.—Necesidad de la Reencarnación.

Febrero 27.—La respuesta que la Reencarnación da á varias cuestiones de la vida.

Marzo 6.—Karma: la ley de acción y reacción.

Marzo 13.—La vida del hombre en los tres mundos.

Seguramente se agregará todavía una última conferencia el día 20 de marzo, «Sobre la aplicación práctica de la Teosofía».

Estas conferencias serán impresas por entregas separadas; y la primera ha aparecido ya en un librito de veinte páginas.

Oportunamente indicaremos dónde se podrán obtener estas conferencias, las que serán tan útiles para los principiantes en el estudio de la Teosofía.

No dudamos de que ellas serán traducidas al castellano y al francés.

Esta serie, es la novena de las conferencias populares, habiéndose dado otras ocho series en el año pasado.

*
* *

UN VUELO PREMATURO

CAPITULO V

DEL OTRO LADO

—Desengáñate, amiguito: no eres tú tan buen comediante que puedas hacerle creer á este viejo lo primero que se te antoje: declamas en balde. Algo que pesa mucho le aprieta el corazón á mi niña querida, por más que lo niegues,—perdóneme ella la confianza—y la trae así, tan tristonza y pálida y sin saber lo que le pasa. ¿Crees que no tengo ojos? Acaso, mozalvete, pasan los años en vano? ¡Si en mi mano cayera el que pueda ser causa de tan hondos pesares, cree, muchacho, que iba á saber lo bien que pesa!

—Nadie dudaría, buen amigo Alexander, de que una zarpada de sus duras manos sería cosa poco deseable; más por ahora, sacudirían donde no duele. Miss Ethel ha cambiado de carácter y de costumbres, es cierto, pero ¿quién le dice á usted que en todo ello tenga que haber forzosamente escondido algún pícaro malhechor? No bastará que ande haciéndole la corte á su niña, la intangible enemiga de la gente de alto coturno?

—¿Qué intangible es esa, Dennis? Mira, hijo, si quieres que tengamos la fiesta en paz, no me vengas con esos latines y hablemos como Dios manda.

—¡Qué latines ni qué cuento! Me refiero al *spleen*, viejo marino; y vamos á lo que importa: dígame, ¿ha venido alguien en busca de noticias referentes á la señorita Ethel desde la última vez que paseamos por el Támesis con Mr. Eyrecourt?

—Nadie ha venido, amiguito.

—Ni Mr. Eyrecourt? ¿lo recuerda usted bien?

—Qué, ¿le ocurre algo á mi generoso *gentleman*?

—Nada le pasa que yo sepa: no le veo ya hace días, y eso es todo. Ahora, tome este regalillo que Miss Ethel le envía, y gracias por su interés acerca de ella; y en tanto que hablaba, deslizó una reluciente esterlina en las manos del bondadoso anciano. Este, visiblemente conmovido murmuró algo para sus adentros, y en tanto que colocaba su moneda en un bolso de estambre de color indefinible, trepaba las gradas del muelle el joven Dennis y tomando por asalto el coche que le estaba esperando, ordenó: ¡á casa!

No habían transcurrido cuarenta minutos, cuando, con su aire respetuoso, parado ante el dintel de la puerta del cuarto de estudio de Miss Ethel, le decía á ésta tímidamente:

—Encontré en su lancha á Alexander, y he cumplido vuestro encargo con eficaz cuidado de no llamar la atención.

—¿Y qué?

—Pues nada: que Mr. Eyrecourt no ha vuelto á parecer por allí.

—Está bien, Dennis, gracias; espero en vuestra discreción y lealtad.

--Dennis asintió, sin querer reparar en la visible expresión de despecho que acusaba el semblante de su señora, y retrocedió lentamente, en tanto que ella se dejaba caer en un sillón y se sumergía en profundas meditaciones. Decíase así:

«¡Qué problema somos de tan intrincada y difícil solución! Quién hubiese podido suponer que yo había de huir de aquellas anheladas reuniones, cerca de Ul-kemi, donde me creyera viviendo bajo la directa influencia emanada de un mundo superior? Mis bondadosos compañeros no aciertan á explicarse este violento cambio en mi conducta, y yo que no puedo ponerlos en posesión de la clave del enigma, temo ser interrogada por ellos y evito encontrarlos en mi camino, como teme el criminal la presencia de sus jueces. Eyrecourt ha encontrado la dicha en los estudios que antes sólo promovían en él sentimientos de piadosa conmiseración, y toda otra cosa se le ha hecho secundaria. . . . Qué le importan ya familia, deberes, afectos». Volvióse en esto Miss Ethel, cual si temiera que alguien estuviera cerca de ella con el propósito de sorprender sus pensamientos, y luego, compadeciéndose á sí misma, prosiguió:—«No, no podemos escapar á la suspicaz vigilancia de la conciencia. El despecho nos hace inexactos é injustos: ¡Quién más eficaz que él en el cumplimiento de sus deberes! No quisiera escucharme á mí misma; porque cuando miro en el arcano del corazón, la ruda é inflexible voz de la verdad se levanta acusadora contra mí, denunciándome como la autora única de los males que lamento. Me consideré diferente de lo que soy, é incapaz de abrigar sentimientos que á mi juicio no se compadecían con las aspiraciones que conducen hacia la vida superior, y el castigo no

se ha hecho esperar. Eyrecourt, apasionado, descendía, en mi sentir, al nivel de la vulgaridad; y aquella llama que devoraba su noble corazón, en silencio, despiadada, sigilosa, arrastrándole á la ruina, prendió en el mío cuando fue sorprendida, y no encuentro la manera de apagarla... y en tanto que yo lucho para recobrar el terreno perdido, para levantarme de caída tan inesperada y vituperable, él me olvida tan por completo, que ni procura siquiera averiguar la causa de mi alejamiento. No, se dijo, levantándose imperiosa y sacudiendo la erguida cabeza, cuyos alborotados cabellos flamearon como una llama, al ser heridos por la luz de la lámpara eléctrica. No, nada de lágrimas, ni de mísera postración. Quiero volver á pertenecerme, á ser dueña de mis sentimientos y voluntad; pero, ¿será cierto que él ya no me recuerda? ¿No volverá con mayor empeño á ocultar la realidad de sus sentimientos sirviéndole de pretexto su novísimo afán por el estudio? ¿El apartamento de mi lado, su indiferencia absoluta, pueden ser otra cosa que una comedia mal urdida para desviar nuestra atención de sus verdaderos puntos de vista?»

A medida que así reflexionaba Ethel palidecía densamente, y cruzando las manos sobre su pecho agitado, ya se entregaba inerte á la violencia de su dolor, cuando se dijo: «no puede ser mantenida por más tiempo esta duda: hay que ponerle pronto remedio. Yo lograré acabar con mi pasión insensata; pero á él hay que vigilarlo de cerca. Cuando me persuada de que su olvido es real, entonces mi propia dignidad velará por que le imite».

«¿Y el Maestro? ¿Y tus promesas? Ethel, recobrando su asiento y hundiendo la cabeza entre sus brazos que dejó caer sobre el escritorio, trataba de eludir una respuesta á la voz silenciosa que así le recordaba el deber. Por fin, tras largo rato de angustia, pretendió haber encontrado un punto firme en qué apoyar la palanca del raciocinio, y se dijo: cuando el Maestro me exigió tal compromiso, vió que era libre mi corazón. Ahora que él percibe la inesperada dificultad que me abruma y esclaviza, me prestará su auxilio, y pasará sobre mi falta su mano bondadosa.»

«No hay que dudar. Ya no soy una novicia en mis prácticos ensayos de los poderes anormales. La experiencia que me falta todavía, la suplirán los libros. En ellos encontraré las fórmulas que ponen á nuestra devoción á los génius misteriosos que pueden actuar en consonancia con mi deseo, y las mágicas recitaciones que impiden la aproximación de las maléficas influencias. Seguramente que cuando el éxito corone mi esfuerzo, no dejará mi venerado Ul-kemi de estar satisfecho de su discípula». ¿Creía Ethel en esta aseveración? Probablemente se imaginaba creer... Las pasiones, los deseos, oscurecen el discernimiento más vigoroso, pervierten el más claro raciocinio.

Suena en esto el timbre, y Dennis anuncia á Mr. Eyrecourt, que viene acompañado de otro señor.

Ethel, admirada de sentirse afectada por tan viva emoción que apenas puede reprimir, ruega que la esperen unos minutos en el parque; se viste de un modo apropiado después de arreglarse el tocado con mano febril, y sale á recibir á sus visitantes.

Es maravilloso el poder de que dispone nuestra delicada mitad para disimular los conflictos de su alma. Cuando Ethel afrontó las miradas de sus compañeros de estudio, porque uno de ellos era el que venía con su hermano adoptivo, la mirada más perspicaz no habría podido sospechar que el más ligero velo ocultase una leve sombra en su plácido semblante.

—¿Tanto bueno? dijo Mr. Heathfield, apareciendo y acercándose al grupo que cambiaba entre sí sus saludos. ¿Seré acaso indiscreto?

—Señor, ¿podéis abrigar tal sospecha? respondió Mr. Eyrecourt. Nos reúne cerca de Miss Ethel el interés de la amistad y del compañerismo. Hace largo tiempo que nos vemos privados de su presencia en las sesiones del sabio Ul-kemi, y traemos cerca de ella la comisión de ofrecerle un fraternal saludo en nombre de sus hermanos, y tomar nota respecto del motivo de su ausencia. Ya véis, señor, que el asunto es de los que no necesitan de reserva alguna.

—Pues, Miss Ethel tiene la palabra, respondió Mr. Heathfield, en tanto que con su natural distinción invitaba á ocupar las poltronas y bancos rústicos, que cerca de ellos se hallaban bajo la protección de acristalada galería, sombreada por cortinas de yedra.

—Yo agradezco, respondió la joven, tan gratos recuerdos, y espero que mi ausencia sea dispensada. Estudios especiales; inesperados y cortos viajes; estados particulares del ánimo, todo ello han sido causa de mi retiro, que todavía durará algún tiempo. Al remarcar este último concepto, trató de sorprender el efecto que había producido en Mr. Eyrecourt, y al verlo impasible, dijo para sí: «disimula sin duda», (y un ligero arrebol subió á su rostro); «hay que velar por él á toda costa».

—Miss Ethel, perdonad; yo tenía vivos deseos de poder cambiar con usted algunos conceptos respecto de la Magia práctica, dijo el compañero de Eyrecourt, desde que supe que nuestro Instructor le había dado lecciones particulares á propósito de tema tan arduo é interesante. A decir verdad, y no lo toméis á mal, señorita, una de las dificultades que ofrece para mí esta clase de estudios que venimos haciendo, es la de que no comprendo bien el que en ellos se establezcan diferencias tan notables respecto de unos y otros discípulos; porque en mi concepto, cuando la voluntad y los propósitos son paralelos, para todos debía ser igual la consecuencia.

—Me habréis de permitir que no participe de vuestra opinión, amigo mío, replicó Ethel; en primer término, porque ella envuelve un voto de censura contra nuestro venerado Ul-kemi, involuntario sin duda, y, porque no se acomoda á mi manera de entender el problema,

en segundo. De igual manera que vos lo consideran muchos, según he podido observar, y siempre he admirado que el raciocinio sea tan diverso entre seres dotados de claro discernimiento. Os ruego disimuléis mi aparente inmodestia. Yo me digo: Dos personas aspiran á escalar una altura en cuyo término les espera anhelado éxito; *son idénticos sus propósitos é igualmente plausibles*; les asisten bajo todos conceptos iguales derechos: habrían de llegar al mismo tiempo; pero, y aquí está la dificultad: el uno de ellos ha fortalecido sus músculos, ha dado amplitud á sus pulmones, y es para él empresa fácil escalar sin fatiga la cumbre, en tanto que el otro caería desfallecido al intentarlo. ¿Existiría falta de equidad en que antes de consentir en su fracaso se le sometiera á un plan nutritivo, reparador y fortificante? ¿Sería justo el detener al fuerte en su empresa? Viniendo ahora al punto de partida. Respecto de Magia práctica, no tengo inconveniente en manifestaros cuales fueron las ideas generales que se sirvió darme nuestro Maestro, reservándome algo que era solamente de mi interés particular.

—Señorita, ya esperaba al motivar la duda que abrigara respecto de preferencias, que me imaginé injustificables, que no resistirían al vigor de vuestra crítica certera. De antemano agradezco la benévola acogida que concedéis á mi curiosidad. Se discrepa tanto con referencia á la idea de la verdadera Magia como, según hemos podido deducir de las explicaciones de Ul-kemi, se involucra generalmente el concepto de Ocultismo y las Ciencias Ocultas, con manipulaciones y artes de muy diversa naturaleza.

—Efectivamente, agregó Miss Ethel, la cual se extendió en largas consideraciones respecto del tema, en tanto que Mr. Heathfield se admiraba, oyendo á Mr. Eyrecurr expresar la dicha que había encontrado en las nuevas, *antiquísimas ideas*, que tan amplios y luminosos horizontes habían abierto ante él.

—¿Pero, no os parece, amigo Eyrecurr, que carecen de base científica? dijo.

—Señor, si la idea de lo científico la limitamos al campo de experimentación ordinaria y á sus medios acostumbrados, tal vez tendríamos que asentir á esa pregunta; pero es el caso, que cuando se emplean otros procedimientos, que sólo están al alcance de los que disponen de un criterio independiente, y no repugnan estos efectuar el necesario y difícil estudio que se requiere, las comprobaciones que resultan, según estoy observando, son indestructibles é insuperables.

—A lo que veo, Eyrecurr tenéis el entusiasmo del neófito. ¿Os parece que prestemos atención á lo que dice Ethel? ¿No observáis el aire de convencida con que perora?

—Así es. ¡Cuánto la debo! Oigámosla.

—Pues sí, decía en esto la joven: el elefante del indo es una verdadera joya mágica, de cuyas sorprendentes combinaciones ofre-

ció darme la clave su dueño el día que tuve la dicha de serle presentada. De acuerdo con tal promesa, me hizo experimentar cómo las corrientes magnéticas acumuladas por su autor en determinados lugares ó focos, se relacionaban con diversas clases de inteligencias y energías, previniéndome que, de no ser muy segura la mentalidad y la memoria del manipulador de dichos focos, era fácil producir por medio de ellos daños irreparables, al cometer el descuido más insignificante. En casos análogos, se había comprobado el hecho de que las energías evocadas provocasen la lluvia en vez de la sequía, y viceversa, sin que en ello hubiese nada de milagroso, porque en la Naturaleza todo está sometido al riguroso imperio de las leyes, según es sabido. Por desconocerlas, recordaréis el fracaso de Tullius Hostilius, aquel romano que encontró algunos fragmentos referentes á fórmulas electro-dinámicas, y al pretender darles aplicación separándose del ritual obligado, estalló el trueno en los cielos, fulminándole junto con su palacio.

La verdadera Magia, la Magia Divina es, me decía Ul-kemi, patrimonio natural de aquellos pocos seres que en la escala de la evolución lograron alcanzar un nivel sobrehumano y adquirieron así el derecho de ser servidos por elementales y genios de elevada ó modesta gerarquía, por corrientes y poderes, no menos reales por ser invisibles. Estos seres elevados, por consecuencia de la pureza y equilibrio de sus mentes convertidas en canales por donde fluye y discurre la ideación divina, cuando ponen en actividad sus mágicos poderes extremecen de alegría cielos y tierra, porque proceden de acuerdo con los necesidades kármicas, y con el Dahrma. Sus labores son la feliz y bienhechora resultante de largos días de meditación, y su existencia un noble y prolongado sacrificio.

Muy diferentes son los recursos de que se valen aquellos que, bien dotados de inteligencia y de voluntad, pero escasos de sentimientos é ideales elevados, saben obligar por medio de fórmulas y conjuros, por el científico conocimiento del efecto del sonido, del color, etc., por medio de mantrams, á determinados poderes invisibles. Si les estimula el egoísmo, si obedecen á miras estrechas y personales al obligar, insensatos, á la Naturaleza, y al pronto triunfan, olvidan que el préstamo, el anticipo que reciben, han de pagarlo un día de un modo harto costoso. Y concluyó diciendo:

—Es todo cuanto debí permitirme referir de lo que acerca de la Magia tuvo la bondad de comunicarme nuestro querido Instructor.

—Ethel, ha logrado usted intimidarme con su relato. Yo tenía el propósito, dijo Mr. Eyrecourt, de ir formándome un laboratorio donde practicar de acuerdo con cierto afamado Ritual de Alta Magia que ha caído en mis manos hace poco; pero me inclino á prescindir de tal intento, hasta tanto que algún oportuno y presentido aviso venga en mi auxilio.

—Pues, mientras que determinan lo que mejor les parezca respecto de ese verdadero *abracadabra*, que á mí me alarma y me confunde, opto por retirarme, si ustedes me lo permiten, dijo en esto Mr. Heathfield.

—Yo os sigo, no sin pesar, quedando muy agradecido por las bondades de Miss Ethel; bien quisiera proseguir largo rato pendiente de la sugestiva palabra de tan discreta compañera de estudios.

A poco, proseguían Ethel y Eyrecourt sosteniendo la conversación, en la que palpitaban muy encontrados sentimientos, y terminó así:

—Os diré, sin ninguna clase de salvedades, que no acierto á explicarme vuestro apartamiento, hermana mía, de las reuniones que fueron el encanto supremo de vuestra vida. Si no os conociera, sospecharía que algún sentimiento tan poderoso como inesperado os ha salido al paso, interponiéndose ante vuestros constantes ideales. No podéis imaginaros, Ethel, hasta qué punto se acrecienta el interés por las enseñanzas de Ul-kemi á medida que vamos entendiéndolas mejor.

«Iba descubriendo su juego, y se abroquelaba astutamente á tiempo,» pensaba Ethel, la cual, eludiendo una respuesta categórica, inquirió:

—¿Habéis desistido de vuestro viaje, Eyrecourt?

—En tanto que no nos abandone Ul-kemi, permaneceré en Londres; y, cuando ese caso llegue, es muy posible que le acompañe á la India.

—¿Nos dejaríais tan sin cuidado?

—No os comprendo, Ethel, replicóle Mr. Eyrecourt, sorprendido; ¿os amenaza algún peligro?

—El de perderos de vista para siempre, tal vez, amigo mío.

—Hay un remedio: seguidnos también. Yo sería muy feliz.

—¡Quién sabe!... dijo Ethel, y añadió mentalmente: «No te irás, no, sin que antes penetre yo hasta el fondo de tu conciencia.»

*
* *

Ethel, después de algunas semanas de completo aislamiento, durante los cuales se sometió escrupulosamente á practicar los ejercicios que deben preceder á todo acto de Magia ceremonial, había transformado su cuarto de estudio en un verdadero laboratorio, cuyo conjunto desprendía tan delicado sentimiento del arte, una radiación de placidez, de serenidad y confianza tales, que ante ellos habría doblado la rodilla el más endiosado escepticismo. No era el gabinete del Dr. Fausto, obscuro, polvoriento, sombrío, recargado de vetusto mueblaje, en cuyas macizas ornamentaciones se quebraran los tibios rayos de luz filtrados por vidrieras de colores. La fría osamenta cetrina, el buho, la lechuga agoreros, el montón de infolios enormes em-

pastados en pergaminos, el facistol, el amarillento cirio, hubiesen sido anacrónicos accesorios alrededor de la ingenua y sincera niña que trataba de extender sus tiernas alas sin otra brújula que el temerario valor, por los mares desconocidos del espacio invisible. El mármol blanco, la seda, el marfil, el bronce cincelado, constituían los elementos principales en la decoración de aquel lindo gabinete, donde la imaginación propendía á encontrar entre las espirales del incienso indecisas y nacaradas formas de blondos querubines, en lugar de los severos rostros reflexivos de los mentores y guías de aquéllos que aman el saber.

En el centro del laboratorio se levantaba un altar sobre cuya plancha de mármol se hallaba grabado un pentágrama de oro bruñido, figura trazada también en colores sobre blanca piel de cordero que descansaba á un lado de dicha plancha. En medio de ésta, se alzaba una columnita de bronce, cuyo capitel sostenía la humeante copa de los perfumes. Una guirnalda de rosas entrelazadas de mirto y ramas de olivo, rodeaba en forma de pabellones el altar, y el mismo tema se repetía sobre la parte superior de los espejos y cortinas que revestían las paredes: estas cortinas eran de ricos encajes de seda color verde tierno, casi imperceptible, matizado de rosáceos reflejos. Preciosas lamparitas, semejando lotos, se combinaban geométricamente acá y allá, y encima de un trípode se veían una lámpara, una espada, un abanico de grandes plumas blancas y un libro entreabierto, ricamente encuadernado, en cuyas páginas se destacaban algunos signos cabalísticos.

Ethel, vestida de blanco lino, coronada de violetas, estrechaba entre sus manos llena de viva emoción un talismán que pendía de la abertura de su hábito, y antes de proceder al acto que á juicio suyo había de rodearla de las benéficas influencias que seguramente velarían por librar á su cuerpo de impuras presencias y escudarían su espíritu guiándolo en su atrevido viaje, repasaba de nuevo todas las causas que podían justificar su determinación. La férrea voluntad no le permitía dudar, no obstante que un dejo amargo, el recuerdo de su sagrado compromiso con Ul-kemi, le atenazaba la conciencia y marchitaba el entusiasmo en su corazón. Inútilmente apelaba al dúctil razonamiento con que el artero impulso de los deseos nos persuade frecuentemente á desentendernos del amoroso y sincero llamamiento del deber; pero la suerte estaba echada. Exaltada su mente á causa de la solemnidad del momento, no era capaz de formular un raciocinio equitativo, y tal vez la fantasía le embelesaba el alma con el espejo engañoso de la ilusión, haciéndola creer que ella, Ethel, tan distinta de las frívolas jovencuelas de su edad, era un ser superior venido á la tierra por equivocación, y capaz de enderezar tan lamentable torcedura del destino. La confianza en sus propias fuerzas triunfaba; no obstante, para evitar un accidente imprevisto, tenía á mano un timbre

de alarma, y prevenido á Dennis de cómo habría de gobernarse al oírlo sonar. ¿Podría ocurrir algo más que un síncope?

Por otro lado, ella abrigaba la firme convicción de que durante su sueño ordinario solía llevar á cabo algunas excursiones importantes para su adelanto, las cuales sólo le ofrecían la dificultad de no resultarle claramente definibles cuando despertaba. Quedábanle vislumbres incoherentes de escenas, de lugares, de signos y números sugestivos, que no correspondían con los sucesos ordinarios de la vida, y recuerdos de seres cuya presencia apaciguaba el ánimo infundiéndole tan serena confianza y equilibrio, que difícilmente se podían desvanecer. Ella veía en tales momentos combinaciones de neblinas coloreadas de tonalidades que no pertenecen al dominio de lo físico, que son indescriptibles, entre las cuales fulguraban chispazos luminosos que eran como un lenguaje divino, cuya clave penetraba con apacible elocuencia entre las fibras más delicadas del corazón. Y luego, ¿no resultaban efectivas las noticias de sucesos claramente observados por ella en tanto que dormía su cuerpo, y que al despertar pasaban rápidamente por su memoria? Así había tenido conocimiento de la enfermedad imprevista, de la muerte, del acontecimiento inesperado que afectara á sus amigos y conocidos, sin que fallara la comprobación jamás. De igual manera vió en sueños poblaciones y paisajes ignorados, con los que luego se dio de frente durante sus viajes, llena de sorpresa y admiración. Por consiguiente, lo que en sueños es posible, se dijo, ¿por qué no ha de realizarse á plena conciencia, de manera que sus resultados sean prácticos y seguros? ¿Se han gastado inútilmente tantas energías humanas, tantos nobles esfuerzos como son los realizados para encontrar las fórmulas que someten el mundo invisible á la voluntad? Y, en fin, ¿no es plausible el móvil que me guía?

A pesar de tantas disculpas mentales, y de su aparente serenidad, temblaba la mano de Ethel al decidirse á trazar un círculo mágico en torno de sí, y algunos signos misteriosos, en tanto que pronunciaba las frases de ritual.

Luego cogió el libro que estaba abierto sobre el trípode, y después de fijar intensamente su pensamiento sobre algunas figuras de colores, entre las cuales había un círculo, una luna creciente, un caduceo alado, una espada, una paloma y una corona, recitó algunas fórmulas consagradas á conseguir la benevolencia de los genios simbolizados por tales signos. Llegaba aquí cuando un pensamiento insidioso quebrantó nuevamente la firmeza de su voluntad. Ul-kemi, se dijo, procede sin tener que valerse de tan aparatosas ceremonias; pero yo, prosiguió, ¿he alcanzado el nivel de tan sabio maestro? y continuó su labor aun con mayor y más fervoroso empeño, cuando llegó el instante en que una corriente helada circuló por sus venas; parecióle haber oído cerca de ella un apagado sollozo, al par que oscilaba la llama

que ardía en la copa de los perfumes. ¿Qué sería ello? Tal vez una ráfaga de aire hizo rozar los cortinajes sobre las cuerdas del arpa que había sido relegada á un extremo de la estancia.

Reclinóse, cuando se sintió más dueña de sí misma, sobre unos cojines que tenía preparados cerca del altar, cruzó las manos encima del libro entreabierto, que apoyó en su falda, y, poco á poco, su cabeza aturdida por el esfuerzo mental se fué abatiendo hacia el seno anheloso, fija en la idea de sorprender á Eyrecourt en su despacho, y de leer en su corazón.

Quería á todo trance mantenerse firme contra las acometidas del sueño, que era estimulado con violencia por los perfumes, el solemne silencio, por todo cuanto allí la rodeaba, y darse clara cuenta de todas las sensaciones porque pasa la conciencia durante el proceso de desprendimiento que pretendía provocar, y á veces se le figuraba que su vida y su mente se concentraban en el corazón, y luego que ascendían al cerebro y que su cabeza flotaba como un globo en libertad, bamboleándose en el espacio. Ya la sobrecogía un pavor injustificado como si viese abrirse ante ella luctuoso abismo infranqueable, y la inquieta imaginación la arrastraba á su pesar como en un torbellino de fantasmas. De improviso sintió un dolor agudo en el vértice del cráneo y llevándolo á él su mano helada comprimióle con fuerza. Cerráronse blandamente sus ojos y cayó en éxtasis.

Cualquiera que hubiese podido contemplar aquella virginal criatura graciosamente tendida sobre el encerado pavimento sembrado de flores, en el cual se reflejaban las luces y los accesorios con tonalidades vagas é indefinibles, la habría tomado por un mensajero celeste en reposo. Su brazo derecho extendido y fuera del círculo, parecía con la entreabierta mano solicitar auxilio.

En la antesala, el fiel y pundoroso Dennis, que sentía por su señora un cariñoso respeto mezclado de devoción, esperaba cabeceando el sueño, oír una llamada. En caso de que ésta no tuviese lugar, había recibido la orden de permanecer allí al cuidado, y de poner el despertador en acción para las diez de la mañana del siguiente día.

El reloj de la pared señalaba la próxima llegada del sábado.

(Continuará)

TOMÁS POVEDANO

*
* *



DR. MARIO ROSO DE LUNA